



Los pasos
del corazón

MARTA LADA

LOS PASOS DEL CORAZÓN

Marta Lada

Para Argos y Dante, mis galgos, siempre al pie de mi caballo.
llete.

Y cómo no, para Sibila y Gala, mis gatas, mi sombra.

El pasado, con sus garras, me alcanza para recordarme,
inexorable, cómo muchos otros vinieron antes que yo.
Y el presente lo calla, porque las familias no las forma la
sangre, sino la querencia.

Marta Lada, otoño de 2018

ÍNDICE

Prólogo. Caminos paralelos	5
-------------------------------------	---

1.	Cambiando	6
2.	El Hayedo	11
3.	Un tesoro bajo la pila	13
4.	En casa de Andrés	20
5.	El tío Luis	26
6.	Ana en el pueblo	29
7.	Mejor, lo hacemos nosotros	30
8.	Hortensia quiere olvidar	45
9.	Secretos del pasado	54
10.	Una sorpresa para Juan	66
11.	Sor Mercedes	68
12.	Mina y Jorge	76
13.	Comida familiar en la sierra	82
14.	Una caja de infusiones	86

	
15.	Foto de familia	92
16.	La tortilla de Hortensia	96
17.	El tío Luis comienza a escribir	98
18.	La ausente Giulia	102
19.	Te lo envió con Pablo	109
20.	Mina en el pueblo	112
21.	El cuaderno de rayas	114
22.	Borja y Ana	122
23.	Sobremesa de hermanos	134
24.	Las colmenas de Juan	146
25.	Enrique lo sabe	152
26.	Pan, nata, miel y membrillo	158
27.	Los pasos del corazón	161
28.	Paz y familia	167
29.	La caja vuelve al tío Luis	170

PRÓLOGO

Caminos paralelos

Esta es una novela coral, de historias paralelas, unidas en tiempo, pero no en espacio, cuyos personajes pudieran quizá llegar a cruzarse en algún momento de sus vidas, pero con una inexistente relación entre sí. Por ello, en esta novela, a pesar de tener dos partes diferenciadas, los capítulos se alternan entre sí, discurriendo al mismo tiempo ambas historias, cada una, por sus propios derroteros.

El nexa presente entre los principales personajes, Marta y Ana, es únicamente la paridad existencial en el tiempo. En un pasado reciente, a ambas las separa el dispar momento por el que pasan en la vida sentimental de Pablo.

La primera, cuenta en primera persona sus acontecimientos, ahora que se ha instalado a vivir definitivamente en Madrid. La segunda, es uno de los personajes de la otra historia que, narrada en tercera persona, discurre lejos, en vivencias y en kilómetros, de la capital.

Y sólo el destino, cuyos caprichosos designios desconocemos, ha sido el artífice de guiar los pasos del corazón de estas dos mujeres. Marta, descubriendo un secreto, que cambiará por completo la visión de una parte de su familia: su tío Luis. Ana, adaptándose al lugar al que le llevó su tristeza, y en donde jamás hubiera pensado vivir.

Porque los hilos invisibles del amor que unen a las personas y crean familias, son aquellos que respuntean los corazones, además de con nexos de sangre, con la alianza y la unión generosa, leal, inmensa y eterna de la amistad.

1

Cambiando

Pereza y agobio a partes iguales, siento cuando pienso en lo que me voy a meter: una obra. Polvo, caos y desorden por doquier, aunque la extensión de la reforma afecta a no más de quince o veinte metros cuadrados. De ser el piso entero, ni me lo habría planteado siquiera. Pero me da pena que, precisamente, el encanto que tiene esta vivienda, estar en la última planta, y disponer de una inmensa terraza, quede relegado por mí a utilizar sólo su interior, y muy poco la azotea del edificio, justo lo que sólo los habitantes de los dos áticos podemos disfrutar.

Por las noches, ante las dudas que me asaltan, me sorprendo a mí misma en más de una ocasión preguntándome en voz alta: "¿Pero adónde vas, Marta?". Y es mi propia voz, la que me responde, a modo de mantra: "Ningún comienzo es malo, si el espíritu acompaña". Precisamente eso, es lo que he de tener en cuenta cuando mi terca, contumaz y obstinada obsesión me abrume, ante la expectativa del comienzo definitivo de la reforma.

Menos mal que será una especie de "concierto a cuatro manos", porque Pablo, mi ex, apoyó solícito mi propuesta de arreglar el cuartito que esta casa tiene al final de la terraza. Desde que hemos vuelto a estar juntos, todo parece cobrar un cariz diferente, hasta tal punto de no importarnos el engorro de acometer tal embajada, a pesar de no disponer de demasiado tiempo. Para llevar a cabo el plan, ambos pediremos días libres, y los combinaremos de tal modo que siempre se quede uno en casa, mientras estén aquí los albañiles.

Él sigue viniendo a Madrid los fines de semana, cuando su trabajo se lo permite. ¿Qué tendría aquel diciembre, que nos devolvió nuestra dualidad? Ahora, que aunque ya no lo somos administrativamente, volvemos a hacer vida de matrimonio, comenzamos la andadura de pareja que hace planes, en los atisbos del incipiente otoño.

Ya rondaba en mi cabeza el invierno anterior obrar la transformación del abandonado cuartito de la terraza, que, lleno de trastos, permanece cerrado desde siempre, pues a mí no me ha hecho falta en absoluto utilizarlo, ni siquiera como trastero. El tendedero de alas que pongo en el salón los días de lluvia, aunque algo escueto, suple con creces la necesidad de espacio donde secar la ropa de la única moradora de este hogar.

Desde nuestra reconciliación en navidades, nuestro pequeño gran viaje de seis días a Verona ha sido el mayor gasto que hemos afrontado Pablo y yo en todo este año. Últimamente, andamos midiendo al milímetro nuestras finanzas, sobre todo desde que juntos tomamos la decisión de comprar este piso a mi familia, para que fuese única y definitivamente nuestro. Puesto legalmente a mi nombre, pues estamos divorciados, hemos desembolsado la no despreciable cantidad de ochenta y cuatro mil euros, teniendo en cuenta que una parte del inmueble ya me pertenecía.

Entre los ahorrillos que ambos conservábamos de nuestra vida en común, más algo de dinero que hemos aportado, los dos compartimos una hipoteca de cincuenta mil euros, cuyas mensualidades de varios cientos de euros nos hacen a ambos bastante llevadero su pago.

La casa está bien, sin necesidad de cambio alguno, tan sólo pequeñas chapuzas de conservación, que si cambiar la lavadora, que si hay que pintar, ... Por lo demás, algunas cosas que compro de vez en cuando y otras que cambié ya desde el principio, le van dando mi verdadero toque personal.

Como la colcha beige de algodón, con relieve en damasco, que me encanta, con esas formas de cachemir, tan grande y tan clara. Descansando sobre ella, se alinean tres

parejas de graciosos y perfectos cojines de varios tamaños, de terciopelo, en tonos turquesa, malva y fucsia, y como non, uno de pedrería y bordados, un tanto barroco, pero cuyos brillos plata me enamoraron a primera vista. No me pude resistir a cambiar también las cortinas. Un paseo por el centro, me llevó a la tienda de dos pisos donde siempre iba con la tita Ascen. Allí, el tiempo no parecía haber discurredo, recordaba yo incluso la cara de algún dependiente, que más de veinte años atrás, cortase los metros de tela necesarios para el sinfín de prendas que confeccionaba mi tía.

Allí se exponían pilas enteras de rollos de tela, de todas las texturas, colores, precios y estampados. Todo lo imprescindible para los mil y un usos que cualquiera con inspiración, creatividad y un par de manos habilidosas esté dispuesto, casi siempre dispuesta, a darle a golpe de aguja, dedal, tijeras y una más que necesaria máquina de coser. Gracias a Pablo, que me acercó la mía, un fin de semana que vino, enseguida me imaginé haciendo canilla y pisando el pedal. Fue traspasar de nuevo la puerta del pretérito comercio de tejidos, y todo me fascinó. Necesitaba escrutar todos los rincones del local, descubriendo telas que por doquier me gustaban. Ante mi negativa de que me atendiesen ya mismo, los solícitos y raudos dependientes dejaron de fijarse en mí, dándome la oportunidad de recorrer el mismo pasillo dos o tres veces, para inspeccionar los géneros en su totalidad, e intentar estudiar uno a uno, hasta decidirme, primeramente desechando las telas lisas, y después buscando entre los estampados, que intuía darían más vida a las puertas de salida a la terraza desde mi dormitorio. Fueron unas flores como pintadas con acuarela, de trazos grandes, sueltos, coloridos y difusos, las que llamaron mi atención. Sobre un fondo gris clarito, que parecía casi blanco, los tonos predominantes del dibujo floral eran azules, rosas y morados, junto con varios verdes con los que se habían pintado las hojas. Como yo llevaba ya calculada la medida exacta, en un abrir y cerrar de ojos, un dinámico y eficaz dependiente cortó, dobló y metió en una bolsa, con

su nota correspondiente también incluida, la cantidad de loneta de doble ancho necesaria para hacer dos caídas generosas, con frunce y arrastrando, encargadas de enmarcar un immaculado visillo blanco, liso y no demasiado transparente. Además, compré la cinta necesaria para hacer el frunce, a modo de pellizcos salteados. Mientras me dirigía a la caja, alentada e impaciente, yo ya planeaba el mejor modo de comenzar la confección.

Hacía tiempo que yo no cosía, mucho menos cortinas, pero recuerdo que, una vez empecé, llena de paciencia e ilusión, me fui animando yo sola, en casa, sin prisas, sin pausa, con todo el ánimo del mundo, y con poca experiencia, al mismo tiempo. No importaba tener empantanado el salón, pues total, entre semana, soy la única en esta casa, y no molestaría a nadie con semejantes trozos de tela repartidos por los sofás, mientras hilvanaba la cinta para poner las anillas. Porque la costura, como la vida, discurre según el empeño que uno ponga en entrelazar sus puntadas, solas de una en una, o a la par. Con muchas ganas, o sin ellas. Pespuntes que enhebran y rematan perfectamente, o por el contrario, se terminan descosiendo, para abrirse, cuando lo que en realidad anhelamos, es que duren para siempre.

Al final, son tres los días que terminan llenando mis horas de luz con hilos, telas, metro y alfileres. También he cambiado todos los portafotos, renovados y muy variados, que albergan las imágenes de siempre y que ahora lucen donde nunca.

Este segundo viernes de septiembre, aunque tarde, Pablo también viene, ya decidido a planear entre los dos qué es lo que queremos hacer con el cuarto de fuera. El recibimiento mutuo me ha encantado, los primeros besos y el abrazo en que nos hemos fundido me ha recordado a los que hace tantos años nos dimos por primera vez.

Yo había pensado hablar con Miguel, aquel empleado del vivero, tan amable conmigo las veces en que coincidimos, y del que conservo su teléfono grabado en los contactos del móvil. Aquella noche en la que cenamos juntos en el bar de debajo de casa, él, con su relato de la obra que

había realizado en un viejo local, que ahora es su vivienda, me inspiró a mí para demudar el olvidado y desusado trastero de los tíos. De aquello hace ya casi un año, y no he dejado de darle vueltas.

Los vaivenes de mi vida personal y laboral, además de mis escasos ahorros, y solventar el tema de la propiedad del piso, me han llevado todo este tiempo transcurrido desde entonces a inmovilizar y dejar estancada la idea, hasta más ver.

Pero todo llega, y además, parece ser que por algo. Ahora es el momento, justo cuando se presenta algo más propicia la economía y la estabilidad de nuestra reestrenada pareja.

Entre semana, wasapeo a Miguel, para ver qué es de su vida, y preguntarle acerca de su amigo aparejador, que fue quien le llevó la obra a él. Veo que no está en línea, aunque calculo que seguramente ya habrá salido del trabajo hace un buen rato. Le escribo unas cuantas palabras, esperando que él lo lea y así descifrar por el tono de su respuesta la apetencia o no, respecto a una conversación conmigo:

—Hola Miguel, ¿Qué tal? Cuánto tiempo, dudo si me recordarás.

Transcurre casi un cuarto de hora, cuando oigo el pitido del wasap. Es Miguel, que me contesta:

—Hola Marta. Sí, claro que sé quién eres. ¿Qué tal todo?

Me parece un tanto escueto, pero lo reconozco, yo soy demasiado extensa en mis mensajes, frente a la parquedad de los que recibo. Enseguida le contesto:

—¡Bien!, Miguel, me he acordado de ti, porque necesito algo de asesoramiento en un tema de albañilería. Te marco ¿Ok?

—Ok, como quieras. Claro, ya te conté lo de mi obra.

Entonces, hago una llamada al contacto "Miguel vivero", y enseguida me lo coge. Nos saludamos, y empezamos a hablar, primeramente, y para romper el hielo, riéndonos, haciendo alusión a que no tocó el décimo de lotería

que le regalé las navidades pasadas, y luego ya, más distendidos, yo le pongo en situación de lo que necesito de él:

—Miguel, me ha venido a la cabeza la transformación que me decías, ya sabes, lo que me contaste de tu casa nueva. Bueno, lo que yo quiero es muchísimo menos, pero en fin, ando buscando un albañil con alguna referencia, no conozco a ninguno aquí en Madrid.

—Lo veo lejanísimo, mi reforma, digo. Casi lo había olvidado, la verdad. Estoy tan bien acoplado, que parece que aquí jamás hubo una obra, ya ves.

—Ya, oye, tu amigo el aparejador, ...

—Sí, mi amigo Carlos, si quieres te paso el teléfono. Es muy bueno, además enseguida te aporta soluciones. Y de precio, no va mal.

—Pues sí, gracias. Me pareció buena tu referencia, pues no sé ahora mismo de nadie. Ya ves, entre tantos millones de gente. Los tíos sí, ellos sí que conocen, pero, mira, si yo lo soluciono con tu contacto, pues mejor. Así, no les mareo a ellos, para que anden llamando a uno u otro.

—Marta, este chico tiene unos albañiles de confianza, lleva mucho tiempo con ellos. Van trabajando ya más, después de estos años pasados de la crisis. Reformas, ya sabes.

—Vale, pues entonces, pásame el número y ya veo. En cuanto pueda, le llamo. Muchas gracias de nuevo Miguel, me has hecho un favor.

—A ti Marta, gracias a ti.

Sin más, nos despedimos. Grabo en el móvil el número que me ha enviado Miguel, de modo que en la pantallita aparece escrito "Carlos aparejador". Aún quedan varios días para el fin de semana. Si pudiese quedar con él para la mañana del sábado, Pablo ya estaría aquí, y podríamos verlo los tres.

2

El Hayedo

El grupo que asciende hoy hacia la cima del Hayedo no sobrepasa los doce años, salvo los dos profesores que lo tutelan y su guía, la joven bióloga que los invita a escudriñar la inmensidad que los envuelve, en las alturas, lejos de casa, y donde han acudido este martes de octubre para descubrir, entre todos, árboles únicos en uno de sus momentos más bellos, cuando a punto de perder las hojas, mudan en mil matices, desde los verdes, pasando por los ocre y anaranjados, hasta los rojizos.

Entre millones de ellos, Ana Folgado ubica y reconoce perfectamente aquellos que durante este año y pico ha ido descubriendo, estudiando y considerando especiales, notables e ilustres, entre la inmensidad de la espesura. Todo esto, y más, consigue motivarla y emocionarla, mientras acompaña, día tras día, a diferentes, distintos y heterogéneos grupos de excursionistas. Amantes de la naturaleza, escolares, senderistas, españoles y extranjeros por igual, la joven los conduce pródiga y generosamente elocuente por el recorrido de ida y vuelta que asciende desde el valle hasta la cima de la montaña que alberga uno de los hayedos más meridionales de Europa.

Bióloga de profesión, terminó hace año y medio su trabajo como becaria en la vieja Castilla, en unos bosques no demasiado lejos de éste, y en los que vivió una felicidad laboral y personal que hoy ya encuentra remotamente alejada de su presente.

En lo más alto, el grupo se esparce por la planicie y mitiga el cansancio del largo ascenso, sentados, contemplando desde arriba con unas miradas a las que les cuesta poner límites al horizonte. A Ana, el aire soplando en su cara la aleja por un momento del vocerío de las más de cua-

tro docenas de chicos gritones que ha subido hoy. El descenso, ya más cansados y con menos brío, los lleva al valle, donde, esparcidos por la hierba unos, sentados en piedras otros, se disponen a comer los víveres que portan en sus mochilas. Frente a ellos, tras una valla de finos alambres y estacas, pastan en la ladera un grupo de vacas, que ante la extrañeza de sonidos diferentes al del agua del arroyo y el canto de los pájaros, hoy se han alejado un poco más allá. Ana conoce bien a sus dueños, pues forman parte de los escasos habitantes del pueblo en el que encontró su casita de alquiler.

Al final de la tarde, ya habiendo disfrutado un día más de sus particulares baños de bosque, absorbiendo cada instante, cada partícula, cada sonido, cada color, la chica baja con el grupo hasta la zona de aparcamiento. Cuando el último minibús ha partido, Ana comparte coche para bajar al pueblo con Borja Madrazo, su compañero de Facultad, de trabajo y de fatigas, circulando por el camino polvoriento y pedregoso que conduce a la carretera comarcal, la que deben recorrer durante no demasiados kilómetros, hasta llegar a casa. Este verano les han dado más de las diez de la noche en el bosque, pero ese horario se va viendo reducido al tiempo que duran las horas de sol. En este incipiente otoño, a las seis de la tarde, el coche de Ana se puede ver aparcado en la misma puerta de su casa, después de haber dejado a Borja en la suya. Frente a la estufa de pellets, mojando galletas maría en un tazón de café con leche, la chica descansa, antes de ocuparse de las labores propias de la casa: cocina, lavadora y limpieza en general. Además, para rematar el día, el móvil, la Tablet, o el ordenador, la acompañan y la ponen en contacto con sus seres queridos, lejos de esta su nueva ubicación para los próximos meses.

Tras un mes escaso de planteamientos, esbozos y tanteos con Ana, Borja y ella se embarcaron en el proyecto, en plena naturaleza, como siempre, pero esta vez en un pueblo en el que el chico conocía a un amigo, Andrés, con el que había convivido un mes en un campo de trabajo. Éste,